

sino siempre sereno y prudente, pero persiguiendo fines puros, y alguna que otra vez, como en la elegía dedicada á la muerte de su esposa, hasta con cierto espíritu poético verdadero. Al lado de esta escuela extranjera y rígida, encasillada en reglas fijas, empezó á manifestarse una poesía popular mas libre, prometiendo un porvenir halagüeño á juzgar por la famosa canción del príncipe Eugenio. Cristiano Weise se hizo campeón de la «Naturalidad» en la poesía, en oposición á la reglamentada y artificial; y en Gunther presentóse finalmente un poeta verdadero, favorecido con el fuego divino, cuyas poesías encantan por la verdad seductora de los sentimientos mas elevados, á la par que verdadera y profundamente humanos. El carácter apasionado de Gunther que perjudica hasta cierto punto á sus poesías fué tambien la ruina del poeta; pero él fué el primer lumínar en el cielo de la poesía alemana despues de un lóbrego período, y sus versos, como hijos del corazón, hablarán eternamente en toda época el lenguaje del corazón.

Semejante poesía popular pudo renacer porque renació poco á poco el sentimiento nacional, principalmente en las clases instruidas y en las militares. Este sentimiento se manifestó en muchos folletos y obras de erudición, como los «Anales del imperio» escritos por Leibnitz. La miseria general fué para la Alemania una escuela dura, pero en la cual aprendió el pueblo lo que había olvidado y perdido en el caos lúgubre de la guerra de los Treinta años; es decir, la afición al trabajo. Al propio tiempo perdieron mucho de su aspereza la intolerancia, el odio y la lucha entre las diferentes religiones, mas todavía entre los católicos que entre los protestantes, y entre estos mas en el bando reformado que en el luterano, tanto que los que se distinguieron entre todos por su tolerancia é ilustración fueron cabalmente los prelados, príncipes de la Iglesia católica. Debíose este resultado en primer lugar á la influencia de la creciente civilización extranjera y á los filósofos, é indirectamente hasta á las sectas pietistas y místicas. Así empezaron á verse en el horizonte de Alemania los albores de un porvenir mas venturoso para esta nación duramente probada, y profundamente decaída, verdadera *Niobe* entre las naciones de aquel tiempo.

De los países limítrofes de la Alemania, que en los sucesos de aquella época figuraron, mencionaremos primero la Dinamarca que desde el desgraciado éxito de los proyectos ambiciosos de su rey Cristiano IV en la guerra de los Treinta años, había desempeñado un papel asaz modesto. Desde el siglo xii nunca habían cesado los dinamarqueses de hacer tentativas para conquistar parte de la Alemania septentrional, y siempre habían tenido que retirarse vencidos y humillados, hasta que finalmente se vió su propio país á punto de ser desmembrado por la ambición y codicia de parientes de la familia real que bajo varios pretextos, pretendieron posesionarse de algunas provincias. Con la dinastía de Oldenburgo habíanse unido á la Dinamarca dos ducados de esta familia, el de Schleswig, feudo de la corona de Dinamarca, y el de Holstein, feudo del imperio alemán; de manera que por este último los reyes de Dinamarca llegaron á ser feudatarios y miembros integrantes del imperio, como los de Suecia lo eran por la Pomerania y otros territorios.

Los dos ducados citados habían sido divididos en el siglo xvi entre la familia real de Dinamarca y una rama menor de la misma cuyos miembros llevaban el título de duques de Holstein Gottorp, habiéndose hecho la división de una manera tan parcelaria, que los diferentes señores estaban entremezclados formando un mapa confuso. No tardaron los duques de Holstein-Gottorp en buscar medios de hacerse independientes hasta en los territorios enclavados en la provincia de Schleswig para lo cual solicitaron la pro-

tección de la Suecia, eterna enemiga de la Dinamarca; y en efecto lograron su intento en dos tratados de 1660 y 1689, por virtud de los cuales el ya tan pequeño reino de Dinamarca perdió muchos distritos importantes.

Fuera de estas mermas, no estaba el resto del país en malas condiciones, y aunque las contribuciones eran pesadas y el tesoro público tenía un descubierto que se había hecho crónico, florecían el comercio, la industria y la instrucción fomentadas por el continuo contacto con la Alemania. En las ciencias naturales y en los idiomas antiguos tenía el país profesores distinguidos, pero no existía todavía ninguna literatura nacional, porque su fundador Holberg nació en la época que ahora tratamos, en 1685, y sus obras pertenecen á otra época.

En 1699 subió al trono de Dinamarca Federico IV, joven, emprendedor, activo y decidido á someter y reducir á la obediencia á su pariente rebelde el duque Federico de Holstein-Gottorp aunque fuese á costa de una guerra con la Suecia. De aquí nacieron complicaciones infinitas y gravísimas que conmovieron toda la Europa septentrional y oriental.

La insaciable sed de dinero de los miembros que formaban el omnipotente consejo de Estado de Suecia hizo que este consejo obligara en 1674 al entonces joven rey Carlos XI á emprender la guerra tan desgraciada con el Brandeburgo y la Dinamarca, que costó á su país una gran parte de la fama que gozaba su ejército y la devastación de varias de sus provincias, salvándose de mayores desgracias merced á la humillante generosidad del gobierno de Francia que intervino en su favor. Estos sucesos desgraciados influyeron en el carácter de Carlos XI, ya de suyo rígido y obstinado, y le hicieron taciturno y sombrío, inaccesible á los consejos, y dispuesto á superar y arrollar sin consideración todos los obstáculos, materiales y morales, que se le opusieran. En su corazón ardía el fuego del revolucionario coronado, decidido á sacrificar en bien de su reino los derechos y fueros aun los mas legítimos, de quien quiera que fuesen, siempre que estorbaran su acción. Por lo demás era sobrio, moderado en todo, nada codicioso, y estaba dedicado exclusivamente á los cuidados del gobierno.

Animado de estas ideas, no esperó la conclusión de la guerra para realizarlas. En el mismo período, desde 1674 hasta 1679, cambió ya las condiciones interiores de su país. Aprovechando las disensiones que habían ocurrido en el seno del consejo de Estado que era el verdadero soberano, quitóle la administración del reino, encargándose él mismo de ella, auxiliado de sus dos consejeros privados á guisa de ministerio dependiente del rey, el primero que hubo en Suecia. Aumentaron entonces su autoridad en la nación algunas victorias que el joven y decidido monarca alcanzó personalmente en los campos de batalla, predisponiendo los ánimos á favor del poder absoluto del rey como única salvación del Estado. En el pueblo eran tan grandes la excitación y el odio contra la alta nobleza, que lo tenía aherrojado en una servidumbre insoportable, que empezaba en diferentes puntos á manifestarse en tumultos sangrientos. La monarquía absoluta estaba en aquel tiempo en la atmósfera, y Carlos XI supo aprovechar hábilmente la corriente general favoreciendo y aun fomentando las pasiones populares, dirigidas contra el enemigo común, la nobleza; hasta que pudo realizar definitivamente en el parlamento del año 1680 el golpe de Estado que meditaba y que había ya preparado é insinuado en el parlamento anterior. Veinte años antes habíase realizado el mismo cambio en la vecina Dinamarca. En el citado parlamento de 1680 reclamaron los tres brazos del pueblo, el clero, la clase media de las ciudades y la labriega, la restitución de las propiedades de la corona que la alta nobleza había repartido entre

sus miembros por su propia y despótica autoridad, y despues se acordó una información severa y minuciosa sobre todos los actos de la regencia durante la menor edad de Carlos XI. Este se puso de parte del pueblo naturalmente, y se procedió á la información que arrojó tanta luz sobre la indigna conducta de la alta nobleza, que quedó humillada y condenada á una indemnización de muchos millones de talers. Logró el rey ganar á su partido á la pequeña nobleza, y finalmente obligó á la alta aristocracia á rendirse y consentir tambien en la restitución de todos los bienes de la corona enajenados desde el año 1604; con lo cual quedaron en un golpe la opulenta nobleza sueca, pobre, y el rey, hasta entonces tan pobre, rico. Hubo mas; la corriente monárquica realista fué subiendo; los brazos del reino reunidos en parlamento declararon que el rey podía gobernar sin traba ninguna y con entera y omnimoda libertad; que si algo quisiera someter al consejo de Estado sería un acto voluntario suyo, pero no obligatorio; y que no estaba obligado á seguir la opinión del consejo, porque este no constituía ninguna autoridad nacional, siendo simplemente una comisión de la nobleza. El consejo, al verse rebajado á simple corporación consultiva, quiso interponer su veto, al cual tenía derecho segun la constitución; pero no le valió, y viéndose seriamente amenazado, cedió y se conformó.

La revolución estaba consumada y el trono había obtenido la victoria; la oligarquía de los nobles quedó sustituida por el absolutismo monárquico, puro y sin trabas. Carlos XI sacó de esta victoria todo el provecho que pudo sin piedad ni consideración á nadie. Organizó un verdadero saqueo general de la alta nobleza por medio de toda clase de reclamaciones y exigencias injustas; y aprovechando hábilmente las discordias entre los diferentes brazos del pueblo, arrancó de ellos en 1682 la declaración de que el rey podía legislar sin la concurrencia ni aprobación del parlamento; solo se le recomendó en asuntos de gran importancia, oír la opinión eventual de los cuatro estados que representaban en el parlamento á la nación sueca. Este mismo parlamento de 1682 tomó, tambien á propuesta del rey, la resolución ominosa de confiscar igualmente en las provincias del otro lado del Báltico, es decir en las alemanas pertenecientes á la corona de Suecia, los bienes de la corona enajenados. Era esto una injusticia tan bárbara como evidente, porque aquellas provincias nada tenían de comun con la Suecia, excepto el soberano; cada una tenía su modo de ser, sus usos y su organización social particulares; ni había medrado la nobleza báltica de Pomerania y de Bremen como la sueca en poco tiempo de un modo mas ó menos usurpador. Lo que aquellos nobles poseían, así como sus fueros, tenía la consagración de muchos siglos; no habían esclavizado á la población rural despojándola de la libertad que tuviera garantida por la constitución del país, como sucedía en Suecia, porque la clase labriega, alemana toda, y mas la de las provincias del Norte, nunca había gozado de ningun derecho y desde siglos antes, era sierva del señor territorial. La población rural se heredaba, adquiría, compraba y vendía con la tierra, y formaba parte del territorio, adscrita á la gleba que cultivaba. Sin embargo, aparte de todo esto, es preciso confesar que moralmente la nobleza toda había merecido esta injusticia, por el infame modo de tratar á sus súbditos infelices, especialmente los de Livonia é Ingria.

La nobleza alemana de Livonia fué la que mas vigorosamente se opuso á la extralimitación del rey. Envió una comisión á Estokolmo que hizo valer su buen derecho en lenguaje firme y preciso; pero Carlos XI contestó formando causa de alta traición á los miembros de la comisión, y una vez sentenciados á muerte les conmutó esta pena en encierro

perpetuo. Uno solo de ellos pudo escaparse á tiempo y ponerse á salvo; fué Reinaldo de Patkul que había llevado la palabra. Inmediatamente fué ejecutada la confiscación ó restitución forzosa sin contemplación alguna y con el mayor rigor, prohibiéndose hasta la discusión sobre este punto en las diputaciones provinciales, sin cuyo concurso decretó el rey tambien nuevas contribuciones.

Es preciso hacer constar que si por un lado la nobleza merecía que una vez siquiera se hiciera con ella lo que ella hacia desde siempre con los infelices labriegos, por otro el rey usó del modo mas noble de la autoridad absoluta y de las riquezas que se había apropiado tan injustamente, empleando aquella y estas únicamente en bien del país. Carlos XI expulsó de la administración, á toda la caterva de ilustres haraganes, reemplazándola con funcionarios probos, activos y capaces sacados de la clase media y de la pequeña nobleza, con lo cual todo el país tomó un nuevo aspecto; y los ingresos se aumentaron tanto, que permitieron la creación de un ejército permanente de 60,000 hombres. El orden mas rígido y severo penetró pronto en todas las clases sociales; todas las religiones, excepto la luterana, fueron prohibidas bajo grandes penas, y al profesorado se le impuso la obligación de inculcar á sus alumnos y á los estudiantes todos, que el rey era señor absoluto del país. La instrucción y la literatura, ambas poco menos que desconocidas hasta entonces, prosperaron trabajosamente á pesar de que el rey fundó una segunda universidad en la ciudad de Lund recientemente conquistada, además de la que existía en Upsal.

En la política extranjera siguió Carlos XI el principio de la neutralidad, porque con sobrada razón opinaba que el país reclamaba descanso despues de 70 años de continuas guerras; y que el guerrear por mera costumbre, solo por guerrear y por el botín ó la retribución á que podía dar lugar, tenía necesariamente que producir mas ó menos tarde la ruina moral y material del país.

Duro, obstinado y á menudo injusto, era Carlos XI; pero no tenía mas propósito que el bien de su pueblo, y en muchos puntos lo logró. Para su propia persona era en extremo rígido; la única norma y el móvil de todas sus acciones era el interés del reino, para el cual murió demasiado temprano en el mes de abril de 1697, á la edad de cuarenta y dos años.

Su hijo, Carlos XII, contaba entonces quince años, cuando la obra tan bien calculada y principiada por su padre no estaba aun suficientemente consolidada para que pudiera marchar y completarse sin una voluntad firme y un brazo enérgico y despótico. ¿Reunia estas circunstancias su joven sucesor? Vamos á examinarlo.

Carlos XII recibió una educación rigurosamente religiosa, pero poca instrucción científica; por su índole era dado desde pequeño á toda clase de ejercicios corporales y militares, en los cuales tenía gran práctica y destreza. Antes de morir su padre nombró para todo el tiempo de la menor edad de su hijo un consejo de regencia presidido por la reina madre Eduvigis Leonor, mientras la alta aristocracia hacia por su parte preparativos para recobrar sus prerogativas perdidas. Carlos XII, niño todavía, era ya extraordinariamente serio, ambicioso y obstinado hasta lo sumo. Echó luego de ver lo que quería la nobleza y se indignó tanto, que deseoso de mostrarle lo que era y cómo entendía gobernar, se hizo declarar de mayor edad aquel mismo año de 1697 por el parlamento con el auxilio de algunos miembros del Consejo de Estado con el conde de Piper á su cabeza, á quien había sobornado. En el acto solemne de la coronación se puso el joven rey él mismo la corona, no queriendo recibirla de nadie.

Rígido consigo mismo, de costumbres puras y dotado de

una voluntad de hierro, hizo y cumplió rigurosamente el voto de castidad y de abstencion de bebidas alcohólicas; pero al principio de su reinado sus actos de gobierno no correspondieron á la gran impaciencia que habia mostrado de gobernar personalmente. Su afición á los asuntos públicos se paralizó pronto y en su lugar dedicóse á ejercicios y juegos rudos y pueriles, que devoraron todos los ahorros hechos por su padre; de modo que las potencias vecinas primero, y luego todo el pueblo sueco le miraron con menosprecio. El desden de los extraños era tanto mas peligroso, cuanto mas odio tenian á la Suecia por la relativa y rápida preponderancia que habia adquirido en las muchas guerras en que habia estado interesada; resultando de esto, que tres monarcas vecinos creyeron que habia llegado el momento de arrebatar al joven rey el botin que cada uno ambicionaba; estos tres fueron Federico IV, rey de Dinamarca; Augusto II, rey de Polonia, y Pedro I, el czar de Rusia.

Al morir el czar Fedor III en 1682, habia dejado tres hijos: Ivan, Sofia y el hermano de esta, Pedro, que á la sazón contaba diez años. Siendo el mayor Ivan, corporal é intelectualmente inválido, las personas influyentes le determinaron á renunciar la corona en favor de su hermano menor. Hizolo así, y encargóse por lo pronto de la regencia la madre de Pedro, Natalia Narishkin; pero su hermana Sofia, ambiciosa é intrigante, aprovechó el descontento del cuerpo de los strelitzs, especie de guardia de corps y como tal el único cuerpo de tropa permanente entonces, para matar á los parientes y amigos de la regente y apoderarse del gobierno. Entre tanto vivia completamente retirado el joven czar dedicado á sus estudios y á la formacion de un pequeño ejército por vía de diversion, inofensiva en apariencia. A medida que fué creciendo, dió señales precoces de tener un carácter muy enérgico, lo cual le conquistó muchísimas simpatías, y el apoyo de la poderosa familia Narishkin y de su numeroso partido, mientras su hermana, la regente, se hacia cada día mas odiosa con su despotismo y extralimitaciones insolentes. Así pudo Pedro, rodeado de sus parciales, ponerse en frente de ella para arrancarle el gobierno. Abandonada de todos, sometióse Sofia á su hermano y éste se contentó con encerrarla en un convento, y con desterrar á sus partidarios mas influyentes.

Apenas tuvo Pedro en sus manos el gobierno, cuando no obstante que no contaba mas de 17 años, porque esto sucedió en 1689, empezó su grandiosa obra de introducir en Rusia la civilizacion del Occidente tal como se la habia pintado en sus lecciones y conversaciones su amigo Lefort, natural de Ginebra y de mas edad que él. Lo primero que se hizo fué instruir á la tropa en los ejercicios y maniobras mas modernos entonces, y llamar á Rusia con los instructores militares, obreros holandeses prácticos en la construccion de buques. El mismo czar trabajó entre ellos á manera de aprendiz para imponerse en su oficio y arte. Hizo construir de esta manera muchos buques mercantes y de guerra; pero no por eso descuidó los demás asuntos. Estableció leyes rigurosas de orden público, y buscó los medios mas pronto y mas adecuados para facilitar la exportacion de los riquísimos productos naturales de la Rusia, estableciendo en primer lugar buenos puertos, para cuyo objeto solo podía servir entonces el de Arcángel en el Océano ártico por comunicar directamente con el mar del Norte y el Atlántico. De aquí que protegiese tanto á esta plaza, hasta que logró apoderarse de Azof, arrebatando esta ciudad y comarca á la Sublime Puerta en 1696, con cuya adquisicion, que no tardó en fortificar convenientemente, pudo comunicarse la Rusia con el Mar Negro y el Mediterráneo.

En estas circunstancias llegó á su noticia que su ambiciosa

é incansable hermana Sofia estaba conspirando contra él en union de la nobleza, enemiga de innovaciones y de la tropa descontenta. Con valor personal y terrible energía sorprendió Pedro los conspiradores y los castigó con una crueldad bárbara (1).

Tan ruda y peligrosa oposicion no hizo variar en lo mas pequeño la resolucion ni los proyectos civilizadores del czar, cuya voluntad férrea y cuyo natural duro y despótico no excluian ni perjudicaban el gran cariño que profesaba á su familia. Al revés de otros déspotas, como Luis XIV y Napoleon I, no le movia ninguna ambicion personal, sino únicamente una grandísima solicitud por la prosperidad y el poder de Rusia como él los entendia.

En 1697 emprendió á este fin su primer viaje al Occidente de Europa para imponerse bien en las costumbres y organizacion de los diferentes países. Tomó el camino por la Alemania del Norte hasta Holanda, donde trabajó como cualquier otro operario en las maestranzas de Yaardam para perfeccionarse prácticamente en la construccion naval, estudiando é inspeccionando al mismo tiempo todas las demás industrias y ciencias. De allí pasó á Inglaterra; luego regresó al continente, visitó á Viena, y desde Viena volvió á Moscú, donde se habian sublevado por tercera vez los strelitzs excitados por el clero partidario de lo antiguo. A pesar de estar ya sometida esta tropa cuando el czar llegó, no la perdonó. Su escarmiento fué terrible; muchos miles fueron degollados, y cerca de ciento por la propia mano del czar. Sin querer excusar su carácter feroz cuando se le encendia la ira, ni su barbarie y brutal desprecio de la vida de sus semejantes, debe hacerse constar que consideraba tan terrible rigor como un deber suyo, para sacar al pueblo ruso, aun contra su voluntad, de su estado de embrutecimiento, y elevarlo á una condicion mas digna de seres humanos. Finalmente, en 1700, disolvió para siempre aquella guardia de corps, y creó en su lugar un ejército regular reclutado por sorteo, organizado é instruido como en los países que habia visitado. Al propio tiempo prohibió el antiguo modo de vestir y de llevar toda la barba, y mandó gran número de jóvenes al extranjero para aprender las artes, ciencias y oficios manuales modernos. Aumentó además los ingresos del tesoro por lo pronto hasta 8 millones de rublos anuales (aproximadamente 32 millones de pesetas), suma muy considerable atendido el extraordinario valor del dinero en la Rusia de entonces.

Uno de los obstáculos que mas anhelaba hacer desaparecer era la falta de una comunicacion marítima pronta y fácil con los países civilizados, por ejemplo por el Báltico, del cual separaban á la Rusia entonces las provincias suecas. Este deseo le hizo entrar en la liga contra la Suecia, liga que trataba de organizar aquel noble de Livonia, Patkul, que habia logrado escapar de manos de Carlos XI cuando fué con la comision del brazo noble de su país á Estokolmo. Este Patkul era hombre arrojado, emprendedor, de una energia inquebrantable, de ideas vastas, y ardía en deseos de vengarse y librar á su país, la Livonia, del yugo sueco. Habíase refugiado en la corte polaco-sajona, donde encontró calurosa acogida, siendo ministro principal Flemming, sujeto de talento, vivo, inquieto, que nunca se cuidaba ni de deta-

(1) Las obras mas recomendables para el estudio de este personaje son: 1.º la obra de A. BRUCKNER: *Pedro el Grande*, que forma parte de esta coleccion y está de consiguiente trasladada á nuestro idioma; 2.º *Historia de Rusia*, por E. HERRMANN, tomo IV, Hamburgo 1849. Esta es obra minuciosa, discreta, escrita en alemán con perfecto conocimiento de la materia, lo mismo que su complemento del mismo autor: *La Rusia en el reinado de Pedro el Grande*, escrita en vista de relaciones manuscritas, Leipzig 1872.

lles ni de peligros en sus empresas. Poco trabajo costó á Patkul convencer á este político en 1699 de las ventajas de una alianza ofensiva con Dinamarca para arrancar á la Suecia las provincias bálticas, la Livonia y Estlandia, que anteriormente reconocian la soberanía de Polonia. Al propio tiempo, ayudado por el embajador sajón en Moscú, Carlowitz, logró determinar al czar Pedro á entrar tambien en la alianza á

condicion de facilitarle de un modo ú otro un acceso al Báltico. Patkul por su parte esperaba ganar para la nobleza de su país iguales fueros de que disfrutaba la polaca.

Así fué acumulándose en el Nordeste de Europa una tempestad terrible, mientras otra iba á conmovier el Oeste y el Sur del continente llevando al borde de su total ruina al soberbio edificio político construido por Luis XIV.

LIBRO CUARTO

LA GUERRA DE SUCESION DE ESPAÑA: LA MUERTE DE LUIS XIV

CAPITULO PRIMERO

EL ARREGLO DE LA SUCESION ESPAÑOLA (1)

Con la muerte de Felipe IV habia quedado reducida la rama española de los Habsburgos á su hijo Carlos II, cuya vida enfermiza pendia siempre de un hilo. Este último y

(1) La obra mas capital que puede consultarse sobre este asunto promete ser la vasta *Historia de Europa en el siglo XVIII* por C. DE NOORDEN. Dusseldorf 1870 y 1874. La primera seccion trata cabalmente de «La guerra de Sucesion», pero hasta hoy solo se han publicado dos tomos, el primero y el segundo, que abarcan los primeros siete años de esta guerra. El material nuevo que hasta ahora presenta es abundantísimo gracias á un minucioso estudio de los archivos holandeses, ingleses y prusianos. El estilo y redaccion dejan bastante que desear. A pesar del cuadro vastísimo de esta obra, queda aun campo para estudios de detalle, como lo prueba la obra de HIPPEAU: *Avènement des Bourbons au trône d'Espagne*, Paris 1875, que viene á ser una coleccion de documentos referentes al mismo asunto, como entre otros la correspondencia de Harcourt, embajador de Luis XIV, con este y con sus ministros. En el resumen histórico que el autor da por vía de introduccion, preséntanse por primera vez en su verdadero aspecto, por lo menos tocante á los detalles, las negociaciones seguidas en Madrid por el gobierno francés. Tenemos tambien la obra de ARNOLDO GAEDEKE: *La política austriaca en la cuestion de la sucesion española*, Leipzig 1877; trabajo basado en los documentos del archivo imperial de Viena y del particular de la familia condal de Harrach. En esta obra se nos presenta la política austriaca de aquel tiempo en toda su lastimosa torpeza, comprobada por los mismos documentos austriacos que el autor copia literalmente y en grandísimo número. ¡Qué contraste ofrece en cambio con la energia, la abundancia de recursos y la arteria brutal y sin consideracion, de la diplomacia francesa! Onno Klopp ha querido refutar á Gaedeke en el tomo octavo de su obra citada en otro capítulo «La Caída de la familia de los Estuardos», pues que en todo se hace Klopp el panegirista del Austria; pero fuera de algunos pocos puntos, no logra probar que haya habido parcialidad ni exageracion en los juicios de Gaedeke, cuya opinion y descripciones quedan en su conjunto incontrovertibles.

Las obras de Gaedeke y de Noorden están escritas en alemán, y la siguiente, importante tambien, lo está en inglés: *Letters of William III and Louis XIV and their ministers*, edited by P. GRIMBLOTT, Lóndres 1848.

Véanse tambien las *Memorias del Marqués de Torcy* en la coleccion de Michaud y Poujoulat, tomo VIII, serie III, Paris 1839. Estas memorias abarcan el periodo desde 1697 hasta 1713, es decir, toda la guerra de sucesion. Como Torcy las escribió pocos años despues de haber dimitado su cargo de ministro de negocios extranjeros, refiere en ellas las negociaciones diplomáticas mas importantes que se siguieron en este periodo, en particular las conferencias del Haya en 1709, las de Gertrudenberg y finalmente las de Utrecht; y todo de un modo verídico, bien que naturalmente desde el punto de vista francés. Injusto por demás se

débil vástago de una familia degenerada, habia sido desde el primer día de su gobierno nominal el juguete de las camarillas palaciegas. Su hermano ilegítimo don Juan de Austria, mas turbulento que entendido, habia hecho que preponderase en la corte de Madrid el partido favorable á Francia; pero solo por poco tiempo; porque á su muerte, ocurrida en el año 1679, volvió á tomar las riendas del go-

muestra con los adversarios mas decididos de la Francia, como el príncipe Eugenio, Marlborough, Godolphin y los whigs, á quienes acusa de todos los crímenes imaginables.

Entre las obras militares sobre la guerra de sucesion, merece citarse en primera línea, la del teniente general PELET: *Mémoires militaires relatifs á la succession d'Espagne*, II tomos, Paris 1845-1862. Este trabajo está basado en las colecciones oficiales y en los extractos hechos por el general De Vault, director del archivo de la guerra en el siglo pasado. El general Pelet explica los pasajes oscuros y añade un número considerable de documentos inéditos, contentándose, en la parte redactada por él, con seguir rigurosamente los documentos, evitando por principio todo juicio individual de su parte. Hay que tener presente que los informes y descripciones contenidos en estos documentos están escritos por militares franceses, que con frecuencia son muy parciales, y en general de poca confianza respecto á las bajas sufridas.

Las *Memorias del mariscal VILLARS* en la coleccion de Michaud y Poujoulat, están redactadas en su primera parte por el abate La Pause de Margon, en la segunda por el conocido historiador Anquetil, y en la tercera por el mismo mariscal, conocido por baladron y jactancioso como pocos. Sin embargo, estas memorias, que abarcan el espacio entre los años 1670 y 1733, no dejan de ser importantes para la historia militar de la guerra de sucesion, especialmente por el gran número de documentos oficiales que intercala Anquetil.

Las *Memorias del mariscal de Berwick*, que forman parte de la misma coleccion, comprenden el tiempo entre 1685 y 1716. Su mérito principa consiste en la descripcion de los sucesos militares en que tomó parte Berwick personalmente. Todo indica que estas memorias fueron redactadas por notas y apuntes tomados por el autor diariamente á la raíz de los hechos en un diario que siempre llevaba consigo. Por esta razon son interesantísimos en lo que narran del último episodio de la guerra contra los *camisardos*.

Por la parte de Austria citaremos la ya mencionada obra de ALFREDO DE ARNETH, *El príncipe Eugenio de Saboya*, y la historia de las campañas de este príncipe que publica el Estado Mayor austriaco.

WILLIAM COXE nos ha dejado la historia del general que en esta guerra mandó el ejército inglés, bajo el título de: *Memoirs of John Duke of Marlborough*, Lóndres 1847, porque el autor ha tomado por base los documentos y correspondencia conservados en el archivo particular de la familia de Marlborough y en los de otras familias inglesas, por cuyo motivo merecen sus datos mucha confianza, prescindiendo de los encomios excesivos que el autor hace de su héroe.

Finalmente mencionaremos la obra de lord MAHON: *History of the war of the succession in Spain*; edicion de 1850, Lóndres.